

# Milagrosa Libertad

daniel bernardo grimberg



Image not found.

# Capítulo 1

Milagrosa Libertad (por Daniel Bernardo Grimberg)

He visto a los pájaros volando, dando vueltas en el cielo cómo si fueran gráciles danzarines. Estaban en el otro extremo en donde no había campos de batalla, descubriendo a lo notable y de lo que había que ignorar en forma completa. Fui capaz de percibir sus futuros a través de cielos remotos; a lo piadoso lo unían a la calma como si estuvieran tarareando una canción.

Se creían vencedores por volar sobre la tierra, por ver las montañas como pequeños montículos y considerar lo que hay abajo como sucesiones inútiles.

Esas aves creían que el rojo del atardecer se debía a sus vuelos que se pronunciaban en lo abierto sin pesos ni medidas; tenían el desvanecido orgullo de los que podrían acercarse a las pálidas estrellas.

No hubo otro motivo que me indignara más que la propensión de algunos a callar para que el mal se adentre en las nieblas y desapareciera de la vista.

Establecerse en la intimidad para desvincularse, desconocer a lo oscuro del destino, y avanzar despacio por el ocaso cuando hay una perfecta negrura en el cielo para que las apariencias pasaran y la verdad se diluyera en el olvido.

Porque este era la tendencia natural de todo sistema cronológico... al embarcarse en el vivir, uno tiene la curiosidad del morir y no enderezar más los antiguos y prosaicos propósitos. Era infructuosa la banalidad de sentir rencor o ser feliz: la suprema conducta de la muerte a todo lo anulaba.

Detrás de los abucheos y maldiciones que secretamente me dirigieron, habría cientos de sueños inconclusos cuyas raíces se enredaban con la frustración.

Todos tenían anhelos de felicidad y también sufrimientos insoportables, las cosas eran hermosas hasta que se les humedecían los ojos y las lágrimas le avisaban que no eran mariscales de nada, sino tullidos que había tenido sucios motivos para creerse grandes y engañarse como

ocurría con la generalidad del mundo.

Las oscuridades los habían confundido y perdieron el pulso de lo regular, y renunciaron al deber de reconocerse frágiles para aferrarse con potencia a la ilusión.

No les hable de códigos extraviados ni hice fatigosas acusaciones... sólo aspiré a derribar sus horrendos símbolos místicos.

No era un invasor, aunque mi voz sonara potente; tampoco un magistrado y mucho menos una sencilla punzada en el pecho.

No me vi como un hombre prejuicioso o discriminatorio, aunque sí había hecho en mi interior una recopilación de justificaciones y arrepentimientos. Tampoco me sentía una basura que obtenía su felicidad imponiendo a otros su doctrina irremediable que no admitía especulaciones

Aquello que he hecho y dicho en esa localidad, acá lo transcribo fielmente.

## I

Supe que había llegado a Vlutz cuándo me pareció ver una casa o más exactamente una mansión, en donde se regocijaba gente luego de efectuar exaltados cantos. Era un rincón sin una larga historia donde se vivía sin clasificar saberes, pero ordenándose de acuerdo a una invariable concepción moral.

Se informaban de cosas que pasaban en otras tierras durante noches en las que se perdía la noción del tiempo.

Vivían regidos por las inciertas noticias que había en sus corazones, por la muerte que los sesgaba en forma inexorable y sin embargo no creían estar atrapados en un río que iba a la deriva.

Ese era un lugar enterrado entre otros lugares, situado en una frontera profunda.

Había líderes, inquietos delfines de estos, gente íntegra y la que se pasaba amenazada por futuros llenos de castillos y ataúdes.

Una vez alguien me dijo que hubo gente que negó la existencia de Vlutz, pero quiso quitar ese poblado de la imaginación de los demás para que nadie cometiera el latrocinio de juzgarlo, de preverlo como algo que no tendiera a lo entero o a la miseria de la perfección.

Desde la parte más alta pude ver antes del comienzo de los bosques, a algunas granjas, y cuándo salí a la calle noté que no existía un centro comercial (a lo sumo había un dilatado bodegón en el que se exhibían algunos explícitos artículos).

En una esquina había una ferretería, en otra una farmacia, y a cuatro cuadras el hotel que se anunciaba con carteles cuyas letras se conformaban en vértices imperfectos.

A primera vista no había razones ni polémicas, y era como si un encantamiento hubiera vaciado a todo de significados.

Algunas personas paraban su marcha en orden de saludar al vecino, y yo era el único rostro nuevo entre los terrenos con yuyales y los viejos conocidos.

Un forastero que no se sometía a ningún supremo fin y gozaba con respirar aires puros.

No consideré ese pueblo cómo extravagante, ya que entiendo que la rareza se da naturalmente en el mundo... pero había mucha disciplina y secretos trastornos aún en los cuidados suspiros de la gente.

Ellos habrían seguido una lamentada causa, una escala axiológica abominable y desquiciados eventos en los que no prevaleció lo parsimonioso.

No voy a brindar datos innecesarios, pero digo que aún el letrero que en la ruta pretendía dar la bienvenida a los visitantes, estaba ilegible debido al óxido.

El abandono como la incomprensión formaban parte de las profundidades sórdidas de Vultz; eran embrujos curiosos que no servían como vasos comunicantes de vida.

De cualquier forma, no me correspondía verter ruidosas quejas porque sólo fui un pasajero; un investigador que estimó cómo una pequeña muestra de decencia el hacerse presente.

No he tenido enconos personales ni he sacado conclusiones que fueran el complemento o la contraparte de otras, mi misión fue la de establecer una urgente discordia que sirvió para algo así como un epílogo.

Mi llegada produjo una escena curiosa, y no en vano he sostenido en alto mi Carta de Presentación.

Lo hice con gravitación, como queriendo brindar un modelo ético y un

llamado a la penitencia.

Ésta era de una blancura gelatinosa y tenía un sello de goma rectangular que a las claras guardaba confesiones oficiales.

Yo me armonizaba con las metas ahí descritas, me constreñía a sus imperativos que defendían prácticas y creencias cotidianas que darían fundamento a las futuras generaciones.

Los pueblerinos nunca habían oído algo similar al contenido de la Carta, porque les hablaba con una penetrante narrativa de algo relacionado con el Armagedón.

Sin pomposidades les rompía sus ideales irracionales e inválidos, y les pedía que no se subordinasen a un pasado que comprometía a la nimia felicidad que creían poseer.

Ni a un sujeto peligroso que los dirigió, del que asumieron que había traído anuncios redentores.

Este les había dado una enseñanza hiriente que cantaba fervores a la destrucción.

Ese hombre aún conservaba un timbre de voz humana, la corteza de su piel y el normal dominio de disciplinas afines al idioma.

Pero la impureza de su historia había devastado a cualquier cosa que hubiera tenido para bien.

Puede ser que la Carta coincidiera con algunos defectos del pueblo, pero me daba la virtud de ser su poseedor efectivo, el primordial sujeto que la transportaba.

Estaba seguro que mientras mantuviera en mi poder a la Carta cuyo sello era incuestionable, nadie me tocaría.

Acerca de mi diré qué jamás me convertí en un verdugo y me llamó Quintín Rueda.

Fui la persona sonriente y cosmopolita que esgrimió un ajetreado argumento para establecer una forzada interrupción en ese pueblo.

Tuve que socavar al insustancial dualismo en el que había caído Vultz, que era tanto histórico como irreal.

Este no estaba tan alejado cómo parecía en los mapas, y los chismes se

difundían como en todas partes.

Eran la evidencia cósmica de lo que pasaba, el entendimiento de que lo dudoso podía hacerse verdad como las larvas algún día convertirse en mariposas.

Siempre hubo privadas concupiscencias que motivaban el derrame de palabras como un mecanismo de defensa en contra de la realidad o la creación de conmocionados elementos que se profundizaran en la conciencia.

Esas habladurías arrastraban rencores y odios, eran cosas normales en cualquier minucioso espacio en el que cohabitan la gente, donde los pies se apretaban a la tierra y cualquier ráfaga leve de viento podía volverse tormentosa.

En todos lados siempre hubo imposibles héroes y relatos novelescos, y se señalizaba a los reprobados por la sociedad a los que se había obligado a cargar una cruz o ir a las galeras.

Ellos que alguna vez se relacionaron con los días, las mañanas, sintieron hambre, se acomodaron en una casa, y al salir a la calle se daban cuenta que tal vez serían felices.

Pero al detenerse y no responder se ubicaron a contramano, por lo que pronto perdieron la consideración de sus vecinos y todo lo que la vida había tenido de gentil.

En esos casos la verdad perdía su original carácter, porque la magnitud de los prodigios que hacían algunos ociosos la terminaron desnucando con facilidad... la hostilidad de los otros era inacabable.

Marisa Ciempi me contó cosas de esas alcantarillas, me las había relatado sin pedir disculpas (ella nunca pudo liberarse de los prejuicios de Vlutz porque fueron extraordinariamente complicados).

Entonces me impuse hacer una pregunta y marcar una diferencia para limitar la potencia de lo que me decía.

Esas cuestiones tuvieron un inmediato fulgor y luego se extinguieron junto a la vanidad que les había dado vida.

Y no dejé pasar los dichos caóticos para que se hicieran conceptos nítidos.

Marisa era una mujer de rasgos lavados y sonrisas soberbias; a veces

cuando se ensimismaba demasiado en la charla, se ponía a discutir sola.

Habíamos hablado en los fondos de su casa.

Lo hicimos sin patetismo, pero con emoción, con el convencimiento que no había asunto trivial, aunque en verdad lo fuese.

Más atrás había una montaña que cuándo el sol perdía su ardor, parecía reventar en su cúspide: el astro le depositaría un huevo con un pajarito que algún día despertaría para volar lejos de la perfecta esfericidad.

Ella me contó de aspectos auténticos de ese pueblo que no se alineaba en parte con la alucinación (tomando en consideración al "todo" para borrar al "mito").

Fue una tremenda declaración intimista, una conjetura e incluso una despreciable actividad mental.

Ese hombre ya estaba cercado por la muerte, por lo que no tenía sentido tantear en su pasado depredador.

De esa forma me habló del carácter de Papp y su enigmática biografía.

(Al menos de lo que sabía y podía desarrollar al máximo sin cavilaciones).

Admitió que era un hombre peculiar y tenía un manifiesto carácter simbólico.

Un silencio consciente se proyectó junto con su sospechosa indigencia.

Después me habló como resignada acerca de distorsionadas epopeyas que hubo en Vlutz, que a fin de cuentas no representaban a nadie, aunque tenían una definida identidad.

Esa era una población atareada en una frenética angustia, en el corazón de la nada que sentía repulsión hacia el mundo de posguerra que había perdido la armonía y la serenidad.

"De otros países llegaron maestros cuyas artes nada tenían que ver con hacer dinero", dijo y cerró los ojos.

Aquello era indescifrable, pero podía tratarse de algo monstruoso... porque cuando las apariencias eran tan feroces, sembraban tantas desgracias como la peor realidad.

Un fingido cansancio detuvo su voz.

Ya no hablaría de injusticias ni obsesiones, porque ya no se mecía en un columpio como una niña, aunque el sol seguía enraizándose en sus cabellos.

Entre seis y ocho minutos bebió el té que había servido, mientras miraba al cielo; luego continuó: "en este pueblo nunca hubo policías, pero tampoco matones; vive poca gente, con suficientes aguas y muchas tierras de un generoso color marrón".

Asentí con calma sus inútiles palabras, y ahuyenté unas libélulas que se me acercaron (que, haciendo una especie de servicio fúnebre, anunciaban la muerte de ese clareado día, y la llegada de la lluvia).

El aire tenía una ligera pesadez dictada por la humedad, y si bien todavía no llovía, en la tierra se acumulaba un barro premonitorio y las flores volcaban hacía adentro sus pétalos.

## II

Cada día Lázaro Papp se levantaba de su cama deshaciendo cualquier suposición de que no fuera inmortal, aunque los actos de su vida bien hubieran podido ser escritos por Dante (una vez había dicho que matar no era malo, sino un elemento útil para el progreso).

Su edad ya rebasaba los límites naturales, y se decía que las flexibilizaciones crepusculares que hacía en su anatomía, eran más fuertes que el proceso evolutivo del tiempo... que con sólo estirar su voluntad podría saltar la valla de la muerte.

Había capitaneado esa población, y sus pisadas seguían siendo tan firmes como cuándo llegó de un mundo que se había acabado definitivamente y del que sólo quedaron sus tinieblas.

No había una sencilla razón de su predominio, solo se sabía que había trabajado cada semana del año sin parar y después procuraba enriquecer al mundo con sus palabras... con sus sentimientos toscos que se enfrentaron al aburrimiento de los pobladores.

Él enseñó a los niños de Voltz, y escribía dos artículos semanales en Por Qué Nacional, un pasquín muy lento que se leía en algunos sitios de la provincia de Chubut, y no sé si se sigue editando hasta éste día.

Es decir: sus discursos y las deformaciones que estos hacían eran propagados con esmero, aún dentro del ruido de la única fábrica que había en el pueblo que con el tiempo pasó a ser un taller.

Era considerado un benemérito y presidía una entidad sin fines de lucro, por lo que para los lugareños el hablar mal de él era semejante a hacer

algo desagradecido y desagradable... algo casi herético.

Evitaban como un deshonor hacer tal cosa, y decían que era inútil denunciar a quien fue un buen vecino... porque a un hombre que ya no caminaba de prisa no se podía ponerle la pierna para derrumbarlo.

Preferían mantener su declinante compañía a oír mejor las cosas.

Papp aceptó mis preguntas y no parecía tener una secreta bestialidad (no me dio la impresión que escondido en su frondoso ropaje había un látigo).

Era un sujeto de una especie humana que había emigrado porque su tierra había caído en manos de opresores que se deleitaron en grado sumo por el infortunio de los que habían sido derrotados.

Sin entrar en colisión me dijo que se comprometería a recordar... cosa que en verdad había hecho permanentemente durante cada singular día desde su llegada a la Argentina.

Él respetaba a lo que le rodeaba, pero estaba dirigido y condicionado por un pasado feliz donde los derechos, la dignidad y la integridad se entregaron a los únicos capaces de direccionar al mundo.

A mí me toca ser el narrador y debo decir que en Papp nada lucía infame; incluso su indignación sonaba normal.

La derrota había sido una concomitancia contingente, un exabrupto que al final haría que la raza degenerase y que la moral perdiera su inveterada tendencia a fortalecerse.

Su misión había sido infinitivamente mayor a su ego... y decía tener amores y terrores afines a cualquiera.

Era un hombre cuya única virtud y defecto había sido la de sembrar el amor una vez que los vasos fueron colmados con iras.

Los caminos de Vlutz estaban bien cuidados y nunca fueron bombardeados; los vientos corrían por las planicies, pero también querían decir algo.

Sus susurros siempre atravesaron los oídos de Papp durante el tiempo en el que vivió en ese poblado, alabando tradiciones paganas con oscuros refinamientos.

Pero al final sus movimientos no tomaron una dinámica turbulenta.

Dio avisos que conducían a la repetición de otros con mayor antigüedad, a empresas a las que ya nadie se obligaba ni siquiera con el pensamiento.

Las bobas certezas que me escupió Papp, fueron cómo pedazos de mampostería que me cayeron encima.

Quería reflejar al mismo tiempo a lo individual y colectivo, y ser amigo de todo el mundo (aunque eso no significaba que tuviera toneladas de empatía).

Había llegado a una determinada edad y ya no tenía necesidad de construir una casa...

Aún era un idealista que pretendía regalar estrellas a diestra y siniestra, y en su corazón todavía era un niño que veía al universo como una fuente de luminosidad.

Todos sus dichos terminaban con la indeterminada queja de haber sido incomprendido, y alzaba su rostro de envejecidos pómulos como símbolo de su tenacidad.

Mientras estuviera con sus hombres no actuaría como un pirata, sino como un emperador que podía ser despiadado por fuera, pero en su interioridad era un cordero.

Tal vez lo mejor sería entenderlo cómo un dios que prefirió mantenerse en el anonimato, y a esa rareza la interpretaba a través de su Sagrada Doctrina, la cual conservaba en una biblioteca de apreciable extensión que en varios momentos del día revisaba en detalle y meticulosamente, para comprobar que en su memoria no faltara nada de excelencia.

Disfrutaba de las lecturas de prólogos de sus libros que tenían objetivo y trascendían sobre aquello que le producía un estupor animal, y jamás lo conducían al tedio.

Amaba a su biblioteca como el agricultor lo hacía con la más valiosa plantación de granos; era un recurso para educar a pesar de que algunos la rechazaban como algo que había pasado de moda, o en indeterminados momentos era endilgada de inmoral por una sociedad inerte que no quería reaccionar frente a la humillación que había sufrido su pueblo.

Impulsado por la curiosidad acepté oír sus sospechas e imputaciones (en ningún momento tuve furia, y siempre me desempeñé sin atropellos).

La rendición, la larga agonía, lo llevó a pensar que antes de morir, el hombre tenía que cometer todas las desmesuras, ser pródigo, desbordar

con odios, pisotear al desconocido y hacer de la vida de los seres inferiores un martirio, porque el valor que uno podía adjudicarse, resultaba del desprecio que se tenía por los que eran diferentes.

Dijo que en ese lugar no había "negros", y sonrió más magnánimo que cruel.

Lo dijo con seriedad, cómo una severa reconvención o señalando un privilegio singular.

la felicidad estribaba en evitar la confusión a partir del habitual ejercicio del rechazo.

Le replique: "Aunque usted le diera a eso una compleja causa o una simplificación, tomo distancia de sus palabras a causa de mí conciencia".

Para mí, el racismo se trataba de una concepción del mundo que separaba al hombre de las fuerzas esenciales de la vida... era una aberración incompatible con la honrosa calidad de ser humano.

En su casa (la más grande del pueblo) subió por escaleras cuyos peldaños crujían para reencontrarse con papeles polvorientos que tenían cintas amarillentas.

Más incrédulo que cortés, quería demostrarme algo.

Hacía ese viaje específicamente para mi beneficio, para que percibiera al mundo tal como era y no lo ensuciara con más "poesías".

Los papeles que me mostró, intrigaban: eran escritos de otro tiempo firmados por personajes que hoy serían tomados como facinerosos horripilantes que pretendían demostrar imparcialidad científica en sus manifiestos de odio.

Esos compungidos y pesimistas estudios forjaban una conciencia maligna.

A través de una goteante alineación de palabras habían convertido una nación en la criminalidad.

A mi interlocutor le seguían brindada seguridad y a mí un pánico primitivo.

En esas letras estaba el sojuzgamiento voluntario a la destrucción y la muerte.

Papp deploraba la falta de valores de la juventud actual y las vanas

alturas en las que lo había puesto la vida.

Estaría marcado indeleblemente por el signo de un gran destino, aunque lo próximo que le tocara fuera la paradoja, la crítica a sus habilidades.

Él había sido una herramienta para desarticular las repudiables conexiones que hubiera hecho la gente de Vultz. Sí bien su teatro épico era el mundo, la integridad racial de su pueblo aún lo desvelaba durante las noches.

Había descubierto que muchos habían vendido su conciencia a la mercantilización, y que no bastaron sus premios y castigos a los que se abocó durante décadas como padre y buena persona.

Y él no era como cualquiera, ya que tenía memorias de sangre.

Había caminado haciendo las sombras más terribles que daban matices crueles al hombre, y sin embargo se sentía un ángel que tuvo que atravesar la guerra y la oscuridad.

De ninguna forma había comparación entre el mundo que había vivido y el actual.

Eran de otro género: el primero fue culminante y quedó clausurado, y este se trataba de una gimnasia retrospectiva que hacía con la mente, la encantadora educación que había dado a los suyos durante tardes comunes, sin sospechas, sin la entonación radical de un maestro que se veía envuelto en los problemas de alumnos que no querían aprender.

Ahora estaba en una cima contradictoria y alterada, no deseando caer en un territorio pasajero porque quería que se supiera quien había sido de joven.

Estaba convencido que si se expresaba con propiedad, el mundo ya no lo consideraría un ser distante... sino el que había juzgado con simpleza que los que eran rústicos tenían que ser honestamente decapitados.

Aseguró que la guerra lo había convertido en una persona con una mentalidad muy fuerte, y qué ya no quedaban titanes en el mundo sino pusilánimes.

Había una diferencia cualitativa que también era una asimetría fundamental, y ante eso él había cultivado una actitud filosófica, un abandonarse a la contemplación pese a que ya no recibía elogios ni cumplidos.

Escuché un chillido que se desprendió de las paredes de madera, era claro

que el hombre con todas sus capacidades se acomodaba a lo irreal.

Los espejos y las ratas lo acechaban, buscaba ávido en la radio la noticia de un bombardeo, algo que diera a los regulares acontecimientos una dinámica desordenada.

Y su dolor era cosa de todos los días, una agudeza o crueldad que lo desasía de continuar con el forzado engaño de la paz ...

Había regido con buen juicio a un batallón en la guerra, y desarrolló todo lo que se podía ver en el pueblo de Vultz.

Se echó a reír por las maledicencias que habría en su contra.

Parecía que me leía la mente, y decía no lamentar nuestro encuentro efímero.

Bien sabía que había gente maligna que no aprobaba que tuviera dichas..."las dichas salvajes de los viejitos".

Sus risas se hicieron más potentes y tal vez más frívolas.

Querían que muera en cautiverio: ¿para la gloria de quién? ¿Acaso con él acabarían con las ruinas históricas que dejaron los cobardes?

Definitivamente él no era un tema: ya no conjugaba con ningún verbo en el presente.

Suponiendo que las cosas eran en blanco o negro como las señaló Papp, ¿sabía cuáles eran sus reales posibilidades?

¿Valía la pena destacar que su destitución equivaldría a depositar confianza en una nueva humanidad?

¿Qué él se había convertido en un símbolo generacional de sucesos que yo no era capaz de transcribir?

¿Qué no mostrarlo a las naciones como el viejo destartado que era, sería negarle una ubicación a la verdad?

Oleadas de indignación me pusieron en peligro de perder mi equilibrio y considerar mi mandato como una cuestión privada.

¿Sabía qué su camino no tenía Norte ni Sur, ni Este u Oeste, por lo que en verdad no era un camino sino un punto quieto?

Había vivido utilizando fórmulas, parodias, a pesar de definirse como una canónica autoridad de Vultz, como quien alguna vez no creyó más como

algo de inusual importancia el modificar al mundo para darle a su pueblo un color único.

Antes había hecho operaciones de desmantelamiento de poblaciones enteras, puso a funcionar campos de exterminio para que el mundo sólo fuera interpretado de acuerdo a los avatares de su nacionalidad.

Sin dudas observó claramente que su espacio se desdibujaba, pero no rompió con sus indudables vínculos con esos tiempos, sino que examinó las razones que habría tenido y las consideró favorables: suertes que nunca se volvieron pesadillas.

Me declaró que había tomado serias funciones con la responsabilidad que estas implicaban, por lo que nunca se detuvo a expresar amor y escribir poemas.

El hombre me repitió que contestará lo que fuera necesario, y después mirará fijo cómo corre el tiempo (señaló irguiendo a sus cejas al reloj de la pared).

Él no había sido un delincuente, sino quien comandó un pequeño ejército, y aquello que se decía acerca de su obrar no se trataría más que de una manipuladora propaganda, un empeño para ensuciarlo de los judíos que habían sido derrotados, y ahora desplegaban sus dialécticas de lamentos.

Pero él siempre había gozado de la libertad que quisieron negarle.

He ido a Vlutz siguiendo una empresa que viene de otro siglo, y para establecer un acuerdo que era lógico y a la vez inflexible.

Porque mis juegos de deducción e inteligencia siempre se apartaron de los enigmas.

En los restos de cada día los hombres se han preguntado qué pasó, o cómo pudo pasar aquello que debió quedar fuera del itinerario de la humanidad.

Se creó una fractura en el mundo que jamás tendrá una resolución.

La pureza de razonar no servía de nada para dar un sentido a eso.

Aquel pasado que ya no tenía más el espesor de la acción, se mantenía en la conciencia como el humo que deja el fuego.

Se vinculaba de una u otra manera como la socavación del código que la humanidad tuvo como condición de su existencia.

Y la característica de la verdad es que nunca pudo ser trastornada por diferentes interpretaciones.

Hubo crímenes contra inocentes a quienes primero deformaron para que no tuvieran irritantes apariencias humanas, y después acusaron de enormes improbabilidades.

Creó que hice una alusión que se transformó en un bostezo porque no quise invertir una admonición personal que duplicaría la incertidumbre en ese tiempo de espera.

Creó haber mencionado que nunca podría trascender mi insignificancia que venía del sólo saber lo qué había pasado, de obtener sólo imágenes mentales de hechos que tuvieron una graduación terrible.

Pero no me pronuncié en contra de las condiciones de la historia... más bien tomé distancia.

Esta era irreversible, y las desgraciadas opciones que recorrió fueron las únicas que rompieron con la infinidad de posibilidades que nunca se cumplirían .

Y no me correspondió a mí hacer una narración genérica de lo sucedido.

### III

Ernesto Scheidemann dijo que cuándo todo se derrumba por el odio, no queda nada en pie (éste era la ligazón del hombre con la destrucción).

Me aseguró que se había despertado a la misericordia, aunque su relato permanecía perturbador y hasta cierto punto opaco.

Hablaba en tono inocente y libre de ataduras, aunque a veces con un sonoro estupor se desdecía.

Me aceptaba como alguien que traía alguna autoridad, aunque esta no se trataría de una verdad dogmática.

"El odio es el absoluto de la incomprensión, destruye a cualquier persona porque no puede valorarla".

También: "es una cuerda que la mente va trenzando lentamente (más allá del elemento físico) que se aplica al cuello del otro".

El hombre parecía jugar al payador que no establecía límites entre su

sensibilidad y su experiencia.

Se atribuía el derecho de interrogarse que eran la verdad y su contracara: la mentira.

Y cualquiera que se creyera dueño de un territorio podía decir una cantidad apreciable de sonseras.

Nos habíamos convocado bajo el nombre de Papp, y enseguida quedó demostrada la falsa convergencia de nuestros pensamientos.

Cumplíamos con la misma línea de acción y los mismos comentarios amargos, pero no nos explicábamos como el hombre había detentado una posición de poder que le procuró más que independencia, impunidad.

Desde el principio Scheidemann no quiso argüir, sino establecer una base desde la cual sostener una ordenada conversación.

Su dictamen fue en Vlutz no había censura, y que ahí se cumplía la ley porque siempre operó la punición.

Veía a mi presencia en el pueblo cómo un complejo desafío que requería una solución simple.

Tal vez temió que ese fuera el principio de una persecución, pero no me tomó aparte para profundizar acerca de ese tema.

Si bien quedé desagradablemente absorto con sus palabras, me pareció que se trataron de un pretexto: no agregaron valor a lo preexistente y formaron parte de cualquier típica enumeración.

No describía los duros acontecimientos a los que nadie era capaz de enfrentar, y al no hacer referencias, no se identificaba con eso.

Hablar de lo que pasó traería una fuerte coalición con las condiciones del presente.

El pueblo mantenía intactas sus invisibles estructuras.

Había aniversarios, frutos en los árboles y niños que saltaban muros.

No había tantas antinomias, ni imágenes de desarraigo, y la pureza pastoril de sus líneas era una invitación para salir a recorrerlo a pie.

Aquí nadie quería revisar al pasado, es más, se veía a eso como inminentes dilaciones, cuestiones que no había que aceptar, concesiones que no

debían hacerse, grotescos contrincantes a los que había que marginar.

Dentro de las previsiones estimadas por Scheidemann, el intendente de Vlutz, estaba su inclusión entre los que se decían no querer a Papp (esto lo había dicho casi instantáneamente al detectar mi presencia).

Claro que elaboraba esa historia a partir de un respetuoso silencio... lo observaba de lejos como se observaba al pájaro sin tener intención de arrojarle una piedra.

Incluso me aseguró que con Papp había tenido tal grado de intransigencia, que llevaba años sin hablarle.

Lo que de él sabía había que poner en puntos suspensivos... era la perturbación de un conocimiento a medias... nunca se podría descubrir las facetas de ese hombre a través de Scheidemann porque su mirada no era "un espejo de nadie".

No me hizo propuestas ni densas sugerencias, sólo me dijo que había que seguir por un camino porque quedarse quieto sería decadente.

El hombre se complació en la ambientación de lo ambiguo.

Papp estaba viejo y enfermo, y ya no era un tema central en Vlutz.

Si bien alguna vez alrededor suyo se tejió un pavoroso misticismo, ya no era un interlocutor privilegiado ni alguien que los llevara a hacer sosegadas meditaciones.

El rojizo intendente cerró sus ojos y expelió una relampagueante palabra de la que no entendí su significado, y me pidió que estuviera abierto a comprender que ese hombre era muy mayor.

Ya no había violencia en sus pasiones y pronto dejaría de recordar a la guerra para estallar en el aire.

Había que establecer como principio al olvido, si yo estimaba lo suficientemente juiciosa a esa palabra.

Entonces me pregunté si no había canjeado mi condición de detective por la de psicólogo.

Cerca se sucedía la cordillera de los Andes, y yo proseguía con mi tarea que no incluía el pensar profundo y pausado.

Eso también lo pensé cuándo vi pasar un avión que yendo para Chile, se

desprendió de las nubes.

¿Cómo se podía pedir compasión frente a lo ruin?

Papp no estaba enfermo y su austera tristeza tampoco hablaba de locura.

No sería ignorado... por el contrario debería servir para engrandecer la penosa memoria.

Tal vez el grito más poderoso del mundo saldría de mis pulmones, tal vez yo sería el único capaz de quedar frente a la Verdad y no bajar la mirada.

Sería el último hombre que con sus huesos y rasgos faciales circunstanciales construiría a un mundo que estará más allá de los extenuados campos de papas y de mentirosas persuasiones.

Mis ataduras prácticas serían con la civilización y no con la barbarie que promueve el olvido.

No me perdería en un jardín ni en un número continuado de las generaciones, tan veraz como que no trabajé en lo incierto ni me sustenté en el aire.

Yo Quintín Rueda decidí pararme en mitad de Vultz para complicar de una buena vez a su realidad tan simple, y no porque fuera era inmortal e indestructible, sino el portador de la Carta, y tenía a mi favor el impulso del momento.

Me dispuse a tratar la verdad sin disfraces como si eso fuera lo habitual.

El aislamiento sería para mí un privilegio en ese pueblo, algo que me resultaría difícil de renunciar.

No sentí incomodidad alguna por estar solo, por suponer que detrás del rostro que me miraría en el espejo, habría una persona aislada.

Me despedí de Scheidemann diciéndole que había obtenido la más vasta comprensión, pero había registros en la historia que no desaparecerían de repente.

Y eso no era un mero entretenimiento sino una motivación que impediría que el hombre se corrompiera con la banalidad.

Él me había ofrecido ir a la iglesia para escuchar al coro de Vultz, pero preferí pasar a mi habitación del hotel y cimentar mi sabiduría leyendo un libro, e ignorando al entramado de mi alrededor (al menos por algún

tiempo).

No me atravesó la confusión en ese día, ni ignoré que de un momento a otro la dicha se podía transformar en pesar, y viceversa.

Adentro encontré a Marisa Ciempi haciendo crepitar con hielo una botella de champagne.

Estaba sonriendo, me mostró la llave que le permitió entrar; había salido a buscarme para darme el regalo de su cuerpo.

Anteriormente nos habíamos anunciado que tendríamos algo así como una cita, en un intervalo en el que ella dejó de maravillarse o lamentar por algún episodio.

Ella quería mostrarse como mi aliada en mi cruzada personal, en esa guerra que procedía de un continente cuyo pasado de devastación había dejado de ser un anatema.

No omití darle una bienvenida, sabiendo que estaba ahí para influir en mis actos o simplemente por aburrimiento.

No hablé con franqueza ni quise indagar en la profundidad de esa relación.

Intercambiamos buenas noticias, y describimos algunas escenas dignas de risa.

Nos dejamos llevar por la feliz ruptura de no entender nada.

Decidimos fortalecer nuestro vínculo, y convergir en una vertiginosa manera.

Llevamos a cabo un ritual que en algún instante se interrumpiría con abundantes reflexiones mudas basadas en esa disuelta proximidad.

Me miró al pasar y me ordenó que me desnude; lo hizo de la forma más enfática posible: se desnudó ella primero.

Nos inundaríamos con pasiones; lo que teníamos para decirnos lo inscribiríamos en la piel del otro.

Obedecí algo agazapado; cuando me saqué el pantalón se cayeron algunas monedas, y al recogerlas ella me palmeó la cola.

Me hizo una pisoteada confidencia, algo que (me aseguró) estaba en los

límites de su feliz confrontación con el género masculino.

Disfrutamos de una precaria intimidad mientras me besó más de cien veces los hombros y las orejas.

Lo hizo hinchada de orgullo y desganada, acorazada en el inicuo rol de una heroína: una mujer que demostraría el origen del equivoco al superar al silencio fecundo.

Porque el trasfondo de nuestro encuentro siguió siendo Papp; en la oscuridad relució su nombre como alguien que estaba más allá del Bien y lo Maligno.

Alguien sobre quien nadie se mostró abiertamente hostil, ni propugnó el uso de una palabra terminal.

Ella quería que rompiera con las metas que me llevaron a Vlutz y no hiciera nada antagónico en contra del viejo.

Debía cruzarme a un casillero anterior, dejar que las cosas siguieran siendo sanamente contradictorias, ya que de nada valía preocuparse y mucho menos preguntarse algo.

Ese hombre tenía una significación especial para el pueblo, y en ese momento yo tenía que capitular por amor a ella.

Debía separarme de mi ubicación opaca, llenar mis canastas con buenos recuerdos, y volver adonde la libertad se equiparaba a la abierta indiferencia permitida por una concurrida ciudad.

Dejar que las murmuraciones se apagasen solas sin hacer más ostentaciones.

Me dijo que Lázaro Papp, en Vlutz, había sido una voluntad más fuerte que el azar, y me dio una compleja imagen de él tal como lo concebía... se manifestó angustiada en forma desmedida, pero con la confianza que no la iría a engañar.

Me había dado su vívido amor como una forma amable para que yo no errara más por el mundo.

Papp había creado una interesante obra en esa sociedad.

Era como un padre digno y honrado que exigía ser bueno y honesto; era la voz que suplementaba al mundo y al sueño inefable.

Definía las cosas, aquello que había sido desperdigado, era su invención;

su rúbrica era la promesa de la verdad unánime.

No me extrañó que Marisa clamara por ese hombre y pusiera tanto fuego en su defensa ya que el sistema de interrelaciones de ese pueblo había girado en torno suyo no como si no fuera un ser humano común, sino un personaje inmutable e imperecedero.

Él fue como una presencia ascendente dentro de lo terrenal a pesar de que su entera relación con el universo había sido la de engendrar increíbles ciclos de muerte.

Yo le explique qué no estaba en mi atrapar a Papp y mis objetivos nunca fueron personales.

No estaba identificado con el paraíso ni con la destrucción, no era un iluminado ni me movía en una diversidad de extraños lemas.

Me pareció que esas tenues palabras mías le molestaron un poco.

Al restarme relevancia no clarificaba los problemas, yo no era el que cargaba las preguntas que venían del pasado: de acuerdo a mi amabilidad no quería transitar por ese derrotero.

Agregué qué no me adueñaría de franquicias irreales, ya que sería limitado mi aporte a la captura de Lázaro Papp.

Yo sólo quería incidirme en una acertada solidaridad con la gente de Vultz , en valorar las cosas cuando las milimetradas distancias se habían hecho metros y kilómetros.

Hablé con ella de aquello con decencia y sin eufemismos.

#### IV

Más adelante Papp se justificará diciendo que el espanto había creado a la Historia... este sería el portador del gran cambio, lo que debía ser creado para lograr la Unión.

Para él, esa sería una división coherente, algo que carecería de molestas imprecisiones; el mundo ganado por esa brillante arbitrariedad obtendría una enumeración omnisciente y selectiva.

La prodigiosa fuerza bruta y el derrame de Sangre, eran lo único que recibiría el culto del piadoso, cómo había hecho su pueblo cuándo se asignó derechos de vida y muerte sobre otros pueblos.... porque ese era "el camino de Salvación de la Humanidad".

Y por eso no debían tener un constante complejo de culpa, sino cerrar los ojos y reconstituirse con un temperamento vigoroso y vengativo.

Ese no sería adoptar un papel ambiguo, sino dejarse llevar por su carácter visionario.

Sostuvo que esa misma sentencia fue el fundamento ético que él había colocado en Vlutz.

Ocurrió en una noche de paz en que la gente súbitamente despertó y hubo encantamientos por el que los hombres se abrazaron con las estrellas.

Aun hoy esperaba el despertar de la Sangre de su pueblo en oposición al acomodamiento que hacían de lo burgués.

Lo había enaltecido con sus brillantes paradigmas en los que la simple razón era inmanejable.

Debían terminar con la proliferación de pueblos de burdas apariencias: empujarlos fuera de los límites de la realidad o al menos aislarlos en guetos.

Cuándo hablé con él, sabía que siempre tenía a mano un revólver, por lo que lo hice con cuidado.

El hombre emparentado con los más celebres loas que se le hicieron a la muerte, en el que pese a su edad no intervenía la locura, desarrolló ante mí a una nueva sesión de su odio sagrado.

Aseguró que se terminarían quienes lo rodeaban para hacerle daño al demostrar la última veracidad que poseían sus palabras con las que atacaba la decadencia del mundo y de su propio cuerpo.

Desde muchas décadas atrás había aprendido que existía una preciosa unicidad entre el orgullo y la destrucción.

Cómo siempre yo llevaba mi arma de mucho mayor poder de fuego, que en caso de ser necesario no hubiera dudado en utilizar...

Matarlo sería acabar con ese juego de hipocresías que se había extendido tanto en el futuro... hacer que ese hombre se transformase en una cifra del mal y dejara de ser la voz con la que aún se difundía.

Pero no estaba en mí lastimarlo, ni proceder a su sacrificio (mi cautelosa pistola quedó bien trabada dentro del forro de mi saco).

El impuro parloteo que me hacía no bastaba como condena... no terminaría con su desgraciada vida... por el contrario: debía dejar las cosas tranquilas como estaban para que Papp fuera legalmente arrestado.

Un solo hombre no puede elegir como focalizar la justicia: hacerlo sería crear una pequeña hecatombe.

Era la gente de todos los saberes y colores que debía hacer una omnipresente ponderación que primero sería formal y luego efectiva.

Yo sólo tenía que actuar con serena lucidez y suficiente manejo de la objetividad, dejando que mi voz y mi agitación se fundiesen con lo que el día adquiriría de oscuro.

Lázaro Papp me contó qué ya no llegaban muchos forasteros a esa zona, pese al brillo de los cielos y su inmensa imagen pastoril.

Se habían marchado temiendo una temeraria producción suya... había creado muchas restricciones que abarcaban hasta donde la montaña tapaba a los vaivenes del viento.

De hecho la gran cualidad de su obra se basó en no dejar entrar a los indeseables.

De todas formas, se tituló un humilde guardián de ovejas, y lo hizo con una sonrisa apologética. E

Esa era una referencia en clave que hacía de su conducta, de las imposiciones amorosas con los que había ordenado a Vultz.

Yo para él no era un enigma, ya que le recordaba a un compañero que tuvo durante el estrépito de la guerra.

Uno que se había aplicado mucho, y había estado entre los que organizaron con denuedo el sitio de una ciudad.

Ambos se sorprendieron por haber sido derrotados después de haber examinado las obras imperiales que habían hecho como de un valor indiscutible.

Luego se afligieron y se despidieron siguiendo una repetida fórmula de honor.

Ese hombre era Quintín Rueda... que como ayer, le era imprescindible para superar variados escollos.

Juntos habían sido extraordinarios en fuerza y vigor, y ahora limpiarían las heridas del mundo causadas por razas que eran como larvas que habían quedado pululando debido a que no se completó el anterior estadio.

Juntos recobraríamos la identidad perdida: volveríamos a ser quienes fuimos después de salir de la perversidad de esta vida bucólica en Vultz.

Desde su delirante interpretación, yo era alguien que existió anteriormente a mi nacimiento, y volvía para infundirle valor ya que él se había quedado retraído y silencioso.

En esa hora hilvanábamos nuevamente nuestros destinos, imitando lo que hicimos en tiempos remotos cuando sin que hubiera de por medio una frágil e imaginaria situación habíamos hecho un pacto verdadero.

Yo no sería el causante de su arresto, sino una provisión de su pasado.

El viejo Otto que traía un alegato inescrutable para los ojos de los demás, de los tarambanas... porque saldríamos del infortunio crónico de esta sociedad, armarse de valor y presentarse en todos los foros mundiales.

Ridículamente acepté transformarme en Otto, aquel que no sólo había sido real, sino también una clasificación de su mente.

Alguien capaz de poblar su tortuoso mundo afectivo en esa etapa en la que volvía a oír los clarines de guerra.

Yo, Quintín Rueda pasé a ser la concreción empírica de un tal Otto Vandrek.

Un hombre que de verdad pereció o ya no estaba consciente entre los vivos... habría muerto durante la gozosa misión de apretar dos de sus dedos en una ametralladora que efectuó una catástrofe merecedora de una cruz de hierro.

Lázaro Papp parecía un viejo búho, con grandes gafas y capacidad de girar su cabeza en ángulos de ciento ochenta grados.

En sus fraseos unía frases breves y largas, hacía una feliz combinación de denuncias, ajustaba cuentas de lo importante que era como individuo frente al desgarramiento sufrido por las grandes filosofías.

Recto, aún erguido, predicaba el evangelio de la disolución universal para llegar a un final satisfactorio.

Su acto de amor pasaría a tener un carácter impersonal, y yo lo asistiría para sobrepasar esa época de múltiples engaños que en esa soledad se

enfrentaban con su mente.

Él creyó que alucinatorias voces del pasado (a través mío) le estaban dando una poderosa revelación.

“Levántate para unir a los que habían quedado contrariados”, sería mi sugerencia que incluirá también un horizonte muy vasto...

Había llegado justo cuando la caravana de sus grandes ideales ideas corrían el riesgo de desbandarse.

Era el viejo Otto con quien había sido diametralmente diferente pero concordaba en ideas que eran universales y a la vez se basaban en primarias mitologías.

Yo y él estábamos unidos por el ombligo, aunque teníamos distintos semblantes.

Había logrado ganar su confianza, hablábamos de grandes pensadores, y hasta me invitó a pescar en una barca que parpadeaba junto a la luz vespertina en el principal embarcadero del lago.

Me dijo que en el quinto y último momento expondrá sus motivos frente a la totalidad del mundo para acabar con la ficción, con las categorizaciones fragmentarias que hicieron los enemigos malditos: las bestias tímidas que se interpusieron al paso de las iracundas.

Esa será una señal y un signo inequívoco para comenzar de nuevo.

A ese paseo me lo ofreció amablemente, sin detenerse y sin valerse de autoritarismos inútiles.

Yo, como Otto Vanderk seguía compartiendo sus puntos de vista, comprendía a la guerra como el más grande y valiente fin, y que el mundo fantástico divergía fundamentalmente de éste que era una repetición ocasional.

Yo no sólo no tenía dudas acerca de la verdadera ideología, sino que se hallaba impresa en mi frente y estaba dispuesto a darle el más amplio sentido: político e invariable, que crecerá monstruosamente como lo hacía la luz cuando las condiciones eran apropiadas.

El sol todavía reverberaba de acuerdo a alguna de sus variables australes, haciéndose ver eléctrico en su paso hacia el Oeste.

Suspiré con prudencia sin querer demostrar cual era la esencia de mi mundo, o que mis modestas capacidades estaban puestas en lo contrario

de lo que mencionó.

Yo le traería el vómito y escalofrió súbito, y no era un perdido hermano.

Ya Papp no estaba sobresaltado, pero sus rasgos estaban llagados por la expectación y de tanto morderse los labios.

Tenía la intuición que sabría corresponderse con esa oportunidad.

Con las narraciones que no habían desaparecido de su mente, había esperado la aparición de uno que no fuera invadido por la tétrica tristeza, por ese empeño de lamentar por qué la paz a lo digno lo había estragado...

El mundo había quedado acéfalo, pero Otto nunca había retrocedido.

"Sé que alguna recompensa por capturarme le darán, pero sin duda mi agradecimiento será el premio más alto que va a recibir".

Dijo en un raptó de lucidez y cómo bendiciendo mi dedicación tan vigorosa a su captura.

Luego me relató que Otto Vanderk había sido un soldado ejemplar, y ahora lo llamaba con sensibilidad al martirio, es decir, a alcanzar la muerte con trascendencia ética.

Por cierto que interrumpir su corazón sería equivalente a hacer que explotara lo que quedaba de perfección en el mundo.

Reporté aquello a mis superiores con sorpresa y un alivio indescriptible: el viejo razonaría que estaba cercado y no tendría sentido oponer resistencias, aunque con ingenuidad creía que alguna vez fui su amigo.

El envío de esas líneas me legitimó en esa coyuntura, aunque yo no fuera Otto y mucho menos un agente del progreso de la historia.

## V

Lázaro Papp entendía bien lo que pasaba y decidía con entereza lo que hacer.

Creía que en el fondo le era implícito saber todo lo que le pasaría en ese momento, y entendía a esa evolución no como una perífrasis sino como la definición de su propia Sangre y su elevado derecho a permanecer en la memoria de la gente.

Antes solía pasar largas horas encadenado a una silla mirando televisión,

desprotegido y sin grandes intereses.

Desde mucho tiempo atrás sabía que su dicha sería escapar a la ancianidad y volver a la juventud.

La vejez lo ofendía, lo degradaba, lo obligaba a moderarse, y él quería hablar, hacer peroraciones brillantes, entregar al mundo de sus pensamientos que atravesaron décadas para llegar a esas instancias.

Quería volver a ser protagonista y estaba ansioso por comentar lo que alguna vez había vivido como una experiencia de naturaleza religiosa.

Me dijo que en todo hombre viejo yacía una enorme sabiduría, una riqueza que no tenía tibiezas, sólo había que descender a sus recuerdos y lo que sacaba en cubos era mayor a tesoros de oro y plata.

Estaba dispuesto a compartir sus ideas porque sería escuchado atentamente.

Me lo había dicho con tierna melancolía y cómo si temiera hacer caer mis vengativas esperanzas: Anita Papp (su esposa) había muerto un poco tiempo atrás, pero por alguna poco interesante razón, él aun podía escuchar sus cadavéricas carcajadas.

Ella seguía asomando su cabeza con su benévolo interés, defendiendo con exceso a los perros que no querían defecar en el jardín, y era capaz de escribir en las paredes frases tontas y enfermizas.

En el fondo de ese momento histórico tan estridente ella aún hacía valer su presencia con júbilo.

Tal vez no lo hiciera con rasgos de fanatismo, pero ponía suficientes fuerzas al hacer sus objeciones.

Gracias a ella Papp se ponía en guardia porque también porque era el solemne guardián de su biblioteca.

Aquello no le parecía un pensamiento desenfocado que excluía lo racional, sino una inclinación alegórica a reencontrarse con su compañera.

La astucia favorita de ella había sido la de decirle que alguien en el pueblo lo había delatado, y todavía se lo decía sin hacer ruido, con palabras mudas y silencios relucientes.

Papp había perdido la cuenta de los días y se preguntaba si la razón comenzaba a fallarle...

Me preguntó: "¿Otto, cual es el secreto de tu erudición?"

Y yo le respondí que lo mejor para mí siempre fue mantenerme oculto en el enigma.

Entonces gritó que él ya lo tenía todo en claro: nadie debe creer que tiraría las armas y se arrodillaría con contrición.

Si los hombres de hoy lo encontraban ininteligible fue porque se había disfrazado de estúpido y de pescador.

Era necesario que el mundo tomara conciencia de las valientes acciones que había dirigido.

Él creía (usó el verbo saber) que yo no estaba en Vlutz para capturarlo, sino para exaltar los ideales de su juventud... O mejor dicho para ambas cosas.

Mi personalidad actual era una falacia, la que me daba existencia era la anterior, cuando fui Otto: un hombre respetado y dogmático.

Esto si bien me sonaba grotesco, para él tenía un carácter romántico: un hombre llegado del pasado dialogando en su casa, para convencerlo que volviera a tomar parte de la historia.

No hubo en él una protesta explícita sino un agradecimiento por el papel superior que le había tocado en suerte, por esa conversación que destruiría a su pasividad y traería beneficios enormes al verdadero género humano.

En su mirada se leía una jovial aceptación del nuevo curso de acontecimientos; sabía que un fugaz y glorioso futuro se había introducido sutilmente en su vida sin que las violencias fueran necesarias.

Me confesó que corregirá sus años de apabullamiento antes que su lengua quedase seca como el polvo y él se convirtiera en un espantapájaros.

No estaba indefenso ni horrorizado, por el contrario, su memoria estaba cada día más ilustrada con recuerdos que lo llenaban de orgullo.

Me dijo que estaba manso pese a que sobre su cuerpo todavía no se había levantado una cruz, pero si quería podía ser convulsivo y cruel, y encauzar al mundo de antaño con mejores proyecciones.

Aun se encontraba dentro de la especie superior entre los hombres de su raza, es decir la de los idealistas.

Ya no alargaría los hechos en otra dirección, se entregará como un sumiso cordero demostrándose como un ser de excelsas virtudes.

Y recién cuando fuera llevado de la tierra al cielo, recibiría sus merecidos homenajes.

Y danzará con ángeles y demonios porque el gran lazo de su amor abarcaría a las más altas y bajas criaturas sobrenaturales.

Al fin daría un paso adelante, llenando al vacío que se había agrandado en su exilio y haciéndose oír.

El hombre se desenvolverá sin contratiempos y lo aclarará todo.

El mundo sabrá de su genialidad y no pocos verán en él a un héroe.

Si bien yo advertí al mundo de la realidad física de Papp, sólo fui un mero instrumento del Destino, el peón de un juego que de cualquier forma era invariable.

Las huellas de mi camino serían fácilmente borradas, mi nombre nunca se adquirirá un trasfondo significativo.

Sólo detecté que había quedado un monstruo entre los jazmines del jardín... la perturbación del mal rompió con la pureza indolente con que regía mi vida.

Lázaro Papp desde el primer minuto celebró mi llegada a Vlutz e intentó edificar mi ego con elogios.

Dijo que mi naturaleza era amistosa; que era fuerte, varonil y emprendedor como lo había sido en los tiempos que al derramar mi sangre le había dado sentido a la tierra.

Hizo innecesarias mis precauciones, porque para él, yo orquestaba la maravillosa sinfonía que establecía la conexión final con el derrotado régimen que aun idolatraba.

Papp quería ser capturado, no para terminar con el cansancio de una enorme fuga, sino para que fueran difundidas al fin por todos los rincones del planeta "sus hazañas".

Se dispuso a hacer el más apasionado sacrificio, ofreciéndose como un presagio de una tardía victoria.

Miré al cielo: atravesando los cielos cordilleranos siempre pasaban aves de extraños plumajes protestando su inocencia a través de vibrantes

chillidos.

Fin